

Fieles

Cuando uno recorre los principios de la doctrina cristiana sobre el matrimonio, cuando uno pasa revista a los preceptos morales del cristianismo respecto del matrimonio no puede menos de recibir la impresión de que esta doctrina es intransigente con los principios que sustentan el mundo y muy intransigente y muy clara. Pero su intransigencia por otro lado es la intransigencia de la verdad, que no admite compromisos, ni dudas. Es la rigidez lógica de unas conclusiones irrefutables, que se derivan de esos principios fundamentales que constituyen como si dijéramos la esencia de la doctrina cristiana.

Si partimos del supuesto de que Dios no ha dado al hombre más lugar de disfrute que este de aquí se comprende que los cristianos humanos se revelen porque la doctrina moral cristiana no le ofrece posibilidades morales de hacerse. Por eso como decía un sabio todo es cuestión de perspectiva... Si encaramos la vida presente sin perspectiva de más allá, de eternidad, es justo que el amor de placer del hombre se desleude en busca de su satisfacción.

Pero si partimos del supuesto de que el hombre ha sido criado por Dios para que acomedidos a sus designios en este mundo pueda sobrevivir más allá del término natural, si partimos del supuesto de que ese hombre tiene alma y cuerpo, espíritu y materia en una lucha constante reclamando cada cual su parte en el larguero de la vida, si partimos del supuesto de que la parte más noble debe reportarle a la más noble, la inferior a la superior, el cristiano debe

ceder a la razón, lo efímero debe renunciar
por lo eterno, el cuerpo al espíritu, el presente
a la eternidad, la ley del cuerpo a la del
espíritu. En todas veremos que la postura
crística, esa postura intrínseca, esa postura
de conclusiones prácticas ineluctables, es la única
lógica, la única humana, la única ra-
cional, la única verdadera. Todo es cuestión
de perspectiva y todo es cuestión
de lógica al fin y al cabo.

Que el que cree que el hombre no pasa de ser
un animal, constituya al instinto por norma
de conducta es natural, que el que cree que
el hombre es dueño de su destino piense
que puede hacer lo que quiere de sí y
debe de sí y constituya la búsqueda del ple-
cer como norma suprema, nadie tiene
de particular. Ambas cosas son lógicas al fin
y al cabo. En este caso el egoísmo feróz
será el motor y guía del hombre.
Cada uno dueño de sí, cada uno para
sí, cada uno mirando por sí mismo,
cada uno no importándole por los demás,
cada uno supeditando a los demás a la
órbita de su comodidad, de su satisfacción,
sacrificando todo por esto es también
lógico y en sí real... y si se empeña en
ser lógico por la fuerza real el único
superior es natural y si quiere ser lógi-
co por la anarquía en la forma social
de orden, el marco auténtico de la vida...
será también una consecuencia lógica... humana...
justa... natural...
Podemos aceptar esos supuestos o podemos

partir de esos principios... atengámonos a los
los verdaderos... Pero si estas nos honran, si
estas conclusiones nos indignan... nos rechazan...
desdichas de nuestra condición, pensemos que los
principios de los que se derivan no son huma-
nos, no deben ser verdaderos...

Por eso, la Iglesia constantemente en todo en sus proce-
sos, un ese instituto materno que le caracte-
re... cuando más digna de alabanza nos deben
de parecer... cuando una vez más se erige
en defensa del débil... en defensa de los más
vires humanos... del bien común... contra los
abusos del egoísmo, contra todas las manifesta-
ciones de este... nos parece dura... nos parece
inadmisible... nos parece exagerada... nos
simula... decimos de ella que no tiene en cuenta
la fragilidad humana... no tiene en cuenta
la condición humana y que debe tenerla...
y debe ceder... debe ceder en parte a la im-
solubilidad del matrimonio porque a veces en
carga es insostenible el hombre... debe ceder ante
el imperio de la pasión que a veces hace que el
instinto procreador del hombre no se baste en
el matrimonio... debe ceder... y acaso nosotros
mismos que juricamos que ella cederá
en eso... que habría de sembrar tantas ruinas...
en eso que unas dejaría a la mujer condenada
de a la miseria, otras a los hijos expuestos
a todo y que siempre habría de constituir
una fuente de abusos... abusos de los ancianos
abusos de los infelices... abusos de los espiri-
tes... como hombres que hablamos del reino
de social... hombres cuya conciencia se
siente más por la injusticia que se comete
con el pobre, con el débil... con el frágil...

Atón. — y reclamamos de la Iglesia cele
por su defensa... proferir a su lumen...
sin emular a los otros vicios que también
hablan de que el progreso económico le
exige, de que a uno no se le puede menos
de liberar que ganar... ¿Puede poder justificar su
pasividad diciendo que el mundo es así...
o a decir que el fin y el cabo están la varian
tial dentro e dar disputa al hombre...?

Porque la Iglesia es incoherente hasta el fin, porque la
Iglesia es lógica por eso exige el hombre que se sepa
de la el cuerpo el alma, lo presente a la eternidad,
la ley del cuerpo es la ley del espíritu, el instinto
y la razón, le exige que modere su sed de
placer... le exige que no divida el placer de
su función... le exige que se reconfigure a sí
y la ley, el placer y el deber, le dice que
como el fin y el cabo es el matrimonio
sacrosanamente un deber católico y perfe
cto para salvar los ángeles y para la
procreación, le dice que como el fin y el
cabo el placer no es más que para el acto
y este solo para el acto... no le divide de
este... ni del fin del matrimonio... Así
condena toda la procreación general que no
tenga o rechaza de un fin matrimonial,
condena todos los nacidos por los que se
multiplica la generación... Así le exige el bien
de la especie, el bien del género humano...
así le exige después el bien de los individuos...

Trata a uno se le da la moral pontificia